

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

# Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación  
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo  
con los 34 *Cuadernos* en:

[www.bac-editorial.es](http://www.bac-editorial.es)

CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA  
*DEI VERBUM*  
SOBRE LA DIVINA REVELACIÓN

CUADERNO 5



CUADERNO 5

LA SAGRADA ESCRITURA  
EN LA VIDA DE LA IGLESIA  
(DV 21-26)

MARCO CARDINALI

I. UN TRAYECTO TODAVÍA ABIERTO

Toda la evangelización está fundada sobre ella, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios «sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial». La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana (FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 174).

La aprobación de la constitución dogmática *Dei Verbum* llegó el 18 de noviembre de 1965, en el transcurso de la última sesión del Concilio Vaticano II, después de un largo camino. Podemos decir que este texto estuvo madurando durante toda la evolución del proceso conciliar tras haber presentado su desarrollo fundamental al comienzo del mismo. La constitución trata los mismos fundamentos de la fe de la Iglesia —la Palabra de Dios, su revelación y su transmisión por medio de la tradición viva y la Sagrada Escritura— por lo que es lógico que la reflexión que acompañó la maduración haya constituido, por decirlo de algún modo, el *humus* que fecundó todos los documentos conciliares. Ante concepciones antiguas no plenamente adecuadas, la *Dei Verbum* compendia y presenta una nueva comprensión con

respecto a la revelación, la relación entre tradición y Escritura, el carisma de la inspiración bíblica y la verdad de la Biblia, el valor del Antiguo Testamento para los cristianos, la historicidad de los evangelios y el lugar que corresponde a la Biblia en la vida y la misión de la Iglesia.

Desde el punto de vista estrictamente técnico, la constitución conciliar *Dei Verbum* es una de las cuatro constituciones dogmáticas conciliares y su objeto es la divina revelación, aunque se ocupa sobre todo de la Sagrada Escritura. Consta de seis capítulos y veintiséis párrafos. El capítulo VI, del que nos ocupamos en este Cuaderno y que refiere a la Escritura, constituye, por ciertos aspectos, el centro de toda la constitución dogmática, aunque el documento conciliar no tiene como objeto la Escritura, es decir, el libro sagrado, sino la Palabra de Dios, es decir, el acontecimiento de gracia del que da testimonio la Escritura y de la que es además parte integrante. Se manifiesta inequívocamente la novedad de la revelación bíblica que consiste en el hecho de que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros. La constitución dogmática *Dei Verbum* expuso magníficamente esta realidad reconociendo que «Dios invisible, movido por su desbordante caridad, habla a los hombres como amigos y trata con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo» (DV 2).

## 1. De la *Dei Verbum* a la *Verbum Domini*

Para profundizar en nuestro documento propondremos como apoyo algunos pasajes de la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (VD) del papa Benedicto XVI (30-9-2010) que, en una conexión ideal con la *Dei Verbum*, recoge el fruto nacido como consecuencia del sínodo de obispos celebrado en 2008 sobre el tema: «La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia». Por tanto, un camino todavía en curso, iniciado en el lejano 1965 gracias a la constitución conciliar *Dei Verbum* y en el que queremos ver una continuación ideal y una profundización de lo que afirmó con ella el Concilio Vaticano II.

En efecto, se ha de reconocer —como está escrito en VD 3— que

[...] en los últimos decenios ha aumentado en la vida eclesial la sensibilidad sobre este tema, de modo especial con relación a la revelación cristiana, a la tradición viva y a la Sagrada Escritura. A partir del pontificado del papa León XIII, podemos decir que ha ido creciendo el número de intervenciones destinadas a aumentar en la vida de la Iglesia la conciencia sobre la importancia de la Palabra de Dios y los estudios bíblicos, culminando en el Concilio Vaticano II, especialmente con la promulgación de la constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina revelación. Ella representa un hito en el camino eclesial: «Los padres sinodales [...] reconocen con ánimo agradecido los grandes beneficios aportados por este documento a la vida de la Iglesia, en el ámbito exegético, teológico, espiritual, pastoral y ecuménico». En particular, ha crecido en estos años la conciencia del «horizonte trinitario e histórico salvífico de la revelación», en el que se reconoce a Jesucristo como «mediador y plenitud de toda la revelación». La Iglesia confiesa incesantemente a todas las generaciones que él, «con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación». De todos es conocido el gran impulso que la constitución dogmática *Dei Verbum* ha dado a la revalorización de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, a la reflexión teológica sobre la divina revelación y al estudio de la Sagrada Escritura. En los últimos cuarenta años, el magisterio eclesial se ha pronunciado en muchas ocasiones sobre estas materias. Con la celebración de este sínodo, la Iglesia, consciente de la continuidad de su propio camino bajo la guía del Espíritu Santo, se ha sentido llamada a profundizar nuevamente sobre el tema de la Palabra divina, ya sea para verificar la puesta en práctica de las indicaciones conciliares, como para hacer frente a los nuevos desafíos que la actualidad plantea a los creyentes en Cristo.

## 2. El capítulo VI de la *Dei Verbum* y su horizonte

Con estas premisas nos centramos ahora gradualmente y de manera más directa en el descubrimiento de los párrafos que van del 21 al 26 de la *Dei Verbum*, iniciando así el estudio de este

capítulo, el sexto, conclusión de toda la constitución conciliar y cuyo título es «La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia». Contiene seis párrafos numerados —del 21 al 26— a cada uno de los cuales se les ha atribuido un título propio. El atento lector habrá notado que el camino recorrido hasta ahora gracias a los Cuadernos precedentes dedicados al descubrimiento de la presente constitución conciliar se ha enfocado principalmente en el aspecto teológico. Con este capítulo, aunque sigue estando impregnado y anclado en la profundidad del texto, entramos en un «horizonte» más pastoral, podríamos decir más existencial y, sin ninguna duda, fascinante para nuestro camino de creyentes, ya que se delinearán rutas y temas que implican en profundidad nuestra vida de fe, también en los aspectos más inherentes a lo cotidiano. Usamos el término de horizonte en la acepción usada por el gran teólogo Bernard Lonergan en su obra *Il metodo in teologia* (Brescia 1975, 251), en el que el horizonte es descrito como la «línea sobre la que la tierra y el cielo parecen encontrarse. Esta línea es el límite de nuestro campo de visión. Apenas nos acercamos, la línea se aleja; se cierra detrás, así que habrá tantos horizontes como haya puntos de observación. Además, para cada punto de observación y cada horizonte, hay diversas divisiones del conjunto de los objetos visibles. Además del horizonte se encuentran objetos que, al menos por el momento, no se pueden ver. En cambio, dentro del horizonte hay objetos que podemos ver ahora».

Hay que tener bien presente que todo nuestro discurso no puede permanecer circunscrito al tiempo, al lugar ni incluso a las palabras usadas en la constitución dogmática conciliar, sino que atraviesa tiempos y lugares, irrigando y fecundando los documentos sucesivos del magisterio y la vida pastoral de la Iglesia contemporánea.

Leyendo integralmente el documento, aparece claramente que cada uno de los veinte párrafos anteriores prepara y tiende hacia este capítulo final que se focaliza en un aspecto peculiar de una teología que debe hacerse praxis y vida del creyente para no correr el riesgo de quedarse en la teoría, totalmente distante de la vida cotidiana. Se parte de una premisa teológica fundamental, la de la definición de revelación; ahora se pretende

hablar de la existencia, la práctica, la propia vida de la Iglesia. Este último capítulo es decisivo para pasar de la definición de la revelación, entendida como diálogo entre Dios y el hombre, a la práctica y a experimentar plenamente el hecho admirable de que Dios sale de sí mismo para ir al encuentro del hombre en una modalidad única, en esa relación fundamental que existe entre la Sagrada Escritura y la Iglesia. En los capítulos anteriores se han tratado aspectos concretos de la revelación, del Dios que sale de sí mismo para revelarse; ahora, nuestra atención se desplaza al otro sujeto de este diálogo, es decir, al hombre, o mejor, a la Iglesia que es destinataria de la revelación y que la acoge como un don inmenso, único y precioso.

### 3. **La Palabra y el Verbo encarnado**

Dios se da a conocer a la humanidad, también a la de hoy, como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo. Como subraya claramente *Verbum Domini*, 15, no existe de hecho ninguna comprensión auténtica de la revelación cristiana fuera de la acción del Paráclito. Esto depende del hecho de que la comunicación que Dios hace de sí mismo implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo, denominados por Ireneo de Lyon «las dos manos del Padre» (*Adversus haereses* IV, 7, 4). Además, la propia Sagrada Escritura nos indica la presencia del Espíritu Santo en la historia de la salvación y, en especial, en la vida de Jesús, el cual es concebido por la Virgen María por obra del Espíritu Santo (cf. Mt 1,18; Lc 1,35); al inicio de su misión pública, en las orillas del Jordán, lo ve descender sobre él en forma de paloma (cf. Mt 3,16); Jesús actúa en este mismo Espíritu, habla y exulta (cf. Lc 10,21); y se ofrece a sí mismo en el Espíritu (cf. Heb 9,14). Al final de su misión, según el relato del evangelista Juan, Jesús pone en clara relación el don de su vida con el envío del Espíritu a los suyos (cf. Jn 16,7). Ya resucitado y llevando en su carne los signos de la pasión, Jesús derrama el Espíritu (cf. Jn 20,22), haciendo partícipes a los suyos de su misma misión (cf. Jn 20,21). El Espíritu Santo enseñará a los discí-

pulos cada cosa y les recordará todo lo que Cristo había dicho (cf. Jn 14,26) porque será él, el Espíritu de Verdad (Jn 15,26) quien guíe a los discípulos hacia toda la verdad (cf. Jn 16,13). Por último, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu desciende el día de Pentecostés sobre los doce reunidos en oración con María (cf. Hch 2,1-4) y los anima a la misión de anunciar la Buena Nueva a todos los pueblos.

De todo esto deriva el hecho de que el Verbo, que desde el principio está junto a Dios y es Dios, nos revela a Dios en el diálogo de amor entre las personas divinas y nos invita a participar en él. Por lo tanto, hechos a imagen y semejanza de Dios amor, solo podemos comprendernos a nosotros mismos en la acogida del Verbo y en la docilidad a la obra del Espíritu Santo. A la luz de la revelación obrada por el Verbo divino se aclara definitivamente el enigma de la condición humana y nuestra existencia se redescubre en esta preciosa relación con él. La Iglesia es consciente del significado fundamental de la Palabra de Dios en referencia al eterno Verbo de Dios hecho carne, único salvador y mediador entre Dios y el hombre. Escuchando esta Palabra somos conducidos por la revelación bíblica a reconocer que esta es el fundamento de toda la realidad.

Sin embargo, hemos de tener presente que, si bien hoy resulta clara esta preeminencia y esta relación, no siempre ha sido así, precisamente por las diferentes visiones sobre la propia relación entre Iglesia y Escritura que ha habido en la historia de la Iglesia. En algunos casos, esa relación no siempre ha sido equilibrada. Desde el punto de vista teológico, ha habido momentos, y todavía hoy en día se dan intentos en el mismo sentido, en los que la gran tentación ha sido la de concebir la autoridad de la Escritura independientemente de la Iglesia y viceversa, como si ambas realidades pudieran existir de forma independiente una de la otra. Poner el acento solo en uno de los dos elementos expone a peligrosísimos riesgos de absolutización que no hay que minusvalorar. Un primer riesgo es referirse a la Escritura como norma única y absoluta de la fe, como sujeto separado de la dimensión eclesial. El segundo riesgo es hacer lo contrario y no vivir la vida de la Iglesia a la luz de la Escritura, tendiendo quizá a formas de piedad devocionales que no tienen su raíz en la

Escritura, como ocurrió en ciertas épocas históricas. Este riesgo no se ha erradicado y sigue siendo también posible en el mundo contemporáneo.

## II. IMPORTANCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA PARA LA IGLESIA

*Dei Verbum* 21 tiene como título «La Iglesia venera la Sagrada Escritura». Se trata la relación esencial existente entre la Escritura y la Iglesia. El documento subraya casi de inmediato esa relación especial, poniendo de manifiesto y de manera clara que la Iglesia «junto con la sagrada tradición, siempre las ha tenido [la Sagrada Escritura y la tradición] y tiene como regla suprema de su fe». No existe lo absoluto o el monopolio de la Escritura o de la tradición, sino que Escritura y tradición juntas son la regla suprema de la fe.

### 1. **Venerar la Palabra**

En este punto queremos subrayar de inmediato un elemento que, aunque fuera nuevo en su formulación en el momento en el que fue escrito, es esencial y fundamental para la reflexión teológica de toda la Iglesia y, por tanto, de cada creyente. De hecho, al principio del párrafo, se presenta vívidamente ante nuestros ojos la imagen de la Iglesia que *venera* las Sagradas Escrituras como venera el Cuerpo de Cristo, Escrituras que siempre están presentes en la liturgia y de modo totalmente especial durante la celebración de la eucaristía. El verbo «venerar» es un verbo que emana una fuerza intrínseca, indicando al mismo tiempo el paralelismo y la relación entre sacramento y Escritura. Como afirma el papa Francisco en su encíclica *Evangelii gaudium*, 174, «ya hemos superado aquella vieja contraposición entre Palabra y sacramento. La Palabra proclamada, viva y eficaz, prepara la recepción del sacramento, y en el sacramento esa Palabra alcanza su máxima eficacia». En otras palabras, podríamos decir que la mesa eucarística es, sin ninguna duda, única, pero está hecha de

Palabra y sacramento. El lenguaje es el propio de la adoración y de cuando hablamos de la eucaristía. La Iglesia *venera* la eucaristía, el Cuerpo de Cristo, y lo hace al mismo tiempo que *venera* la Escritura. Las Sagradas Escrituras son inspiradas por Dios y «comunican inmutablemente la Palabra de Dios mismo, y en las palabras de los profetas y los apóstoles hacen resonar la voz del Espíritu Santo». Se entra así de un modo aún más profundo en una dimensión trinitaria que sale de sí misma: Dios se revela y quiere comunicar con la Iglesia, su esposa, y lo hace por medio de la tradición y de la Escritura en las que resuena la propia voz del Espíritu Santo.

## 2. Predicación anclada a la Palabra

Es fundamental por eso que la predicación de la Iglesia parta de la base de una Sagrada Escritura en estrechísima relación con la tradición. Es precisamente en los «sagrados libros» donde el Padre, que está en los cielos, entra en relación de amor y misericordia con sus hijos a través de la Palabra a la que Dios ha dado «eficacia y potencia», convirtiéndola en alimento del alma, apoyo y vitalidad de la Iglesia y fuerza para cada hija e hijo de la Iglesia. El documento usa una expresión llena de delicadeza: habla de un Padre que «entra en conversación» con sus hijos. ¿Acaso no es todo esto un maravilloso don gratuito? Por eso es importante escuchar, vivir y acoger la Palabra de la Escritura en sintonía con la tradición y la vida sacramental de la Iglesia y dentro de un marco litúrgico y un clima espiritual que nazca del don de la Palabra. No existe una verdadera oración que no esté arraigada en la Escritura. Tampoco subsistiría la predicación y la vida de la Iglesia porque es consciente de que «la Palabra de Dios es viva y eficaz» (Heb 4,12) y tiene «poder para construir y hacer partícipes de la herencia a todos los santificados» (Hch 20,32).

Como nos recuerda DV 7, el propio Jesucristo «dio a los apóstoles el mandato de predicar a todos el Evangelio —que, prometido antes por los profetas, él mismo llevó a cumplimiento y promulgó con su propia boca— como fuente de toda verdad

salvadora y de toda enseñanza moral, comunicándoles los dones divinos. Lo cual se hizo fielmente: tanto por parte de los apóstoles, que con la predicación oral, con sus ejemplos y con sus instituciones transmitieron ya sea lo que habían recibido de boca de Cristo, del trato con él y de sus obras, ya sea lo que habían aprendido por sugerencia del Espíritu Santo, como por parte de aquellos apóstoles y varones apostólicos que, por inspiración del mismo Espíritu Santo, pusieron por escrito el anuncio de la salvación».

Resulta así más claro en la Iglesia el sentido y el valor decisivo de la tradición viva y de las Sagradas Escrituras. «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito» (Jn 3,16): la Palabra divina que fue pronunciada en el tiempo, ha sido dada y «confiada» a la Iglesia de manera definitiva, de forma que el anuncio de la salvación pueda ser comunicado eficazmente en todos los tiempos y lugares.

### **3. Necesidad de traducciones apropiadas y correctas**

En el número 22 del documento conciliar se aborda un tema que hoy puede parecer del todo resuelto, liquidado e incluso demasiado evidente, pero no lo era en absoluto en un determinado momento de la historia de la Iglesia (hasta la llegada del Concilio Vaticano II). El documento inicia con una afirmación efectivamente sorprendente y de alcance inaudito que expresa toda su urgencia: la necesidad de que a todos los fieles «les esté ampliamente abierto el acceso a la Sagrada Escritura». No es un consejo ni una expectativa, ni un deseo, sino una verdadera necesidad que la Iglesia ha de afrontar y de la que debe hacerse cargo con energía. Pero ¿de dónde proviene esta exigencia? Hoy tenemos traducciones de la Biblia en varias lenguas a las que accedemos por internet sin especial problema, desde cualquier lugar del mundo. Sin embargo, antes del Concilio, los fieles laicos no tenían un fácil «acceso a la Sagrada Escritura»; es más, podemos atrevernos a decir que, en un cierto modo, la Biblia estaba marginalizada dentro de la práctica eclesial y, en parte, también del debate teológico. El acceso a ella era sencillo para los obispos y

sacerdotes por su conocimiento del latín, en ese momento lengua oficial de la Iglesia, pero no para el resto de los fieles.

En la afirmación de que a los fieles «les esté ampliamente abierto el acceso a la Sagrada Escritura», se encuentra toda la fuerza de una revolución que orienta de manera decidida la brújula de la Iglesia hacia lo esencial, hacia el alimento rico y único que no puede ser reservado a pocos como si fuera un privilegio, sino que ha de ser abierto a todos como don y promesa. La Iglesia es consciente de la necesidad de poner la Palabra de Dios a disposición de todos; por lo tanto, tiene un deber al respecto y ha de hacer de modo que existan traducciones apropiadas y correctas en diversas lenguas «a partir de los textos originales de los sagrados libros». Hay que pararse a reflexionar sobre el cambio de época que acaeció con esta indicación del Concilio Vaticano II. Para los cristianos de hoy en día sería impensable nutrir y vivir la propia fe dejando de lado a la Escritura. En un esfuerzo de imaginación, tenemos que regresar a un tiempo en el que la Escritura no tenía un papel tan central en la vida práctica de fe de los católicos, ni tampoco tenía un papel preminente en ámbitos como la oración, la meditación ni en la vida espiritual en general y esto por razones históricas precisas cuya ilustración excede nuestro camino hacia el descubrimiento del capítulo VI de la *Dei Verbum*. Solo a modo de ejemplo: la *lectio divina* era relegada a ambientes monásticos; también habría sido impensable la oración de la *Liturgia de las Horas* como instrumento para rezar en casa y en familia tal y como se da en la actualidad. En casa era prácticamente imposible tener una Biblia porque no estaba permitido, pero incluso pudiendo tenerla hipotéticamente, ¿quién habría podido leerla y entenderla?

En pocas palabras, podemos decir que la Escritura no era la norma de la fe, al menos no era directamente accesible, ni era el punto de partida de la oración, la espiritualidad o la vida cristiana. Si la regla y norma de la fe es la Escritura que se nos ha entregado y «transmitido» por la tradición, el hecho de que en la práctica esto no fuera visible ni tampoco pensable ha abierto el campo a eventuales y reales problemas que han podido ser evitados y resueltos con este documento conciliar. Este aspecto ya está absolutamente aclarado en la actualidad; el problema acaso

sea la seriedad con la que el creyente se presenta ante el tesoro de la Escritura y la tradición, que es como un cofre abierto del que conseguir tesoros antiguos y nuevos al mismo tiempo. Son fundamentales las implicaciones y posibles aplicaciones pastorales que derivan de ello.

### III. IMPLICACIONES PASTORALES

Nuestra oración personal y comunitaria —litúrgica o no— se nutre y toma su forma de la Palabra de Dios, hunde sus raíces en la Escritura y gracias a esta nos abre a la caridad y al amor por Dios por el prójimo. No olvidemos que sin la *Dei Verbum* habría sido probablemente muy difícil que florecieran en Iglesia los nuevos carismas suscitados por el Espíritu Santo, denominados como movimientos eclesiales, fundados también por laicos y que están enraizados en la Palabra de Dios... Algo absolutamente impensable antes del Vaticano II.

#### 1. **La Palabra viva**

La Biblia no es un fetiche al que aferrarse rígidamente, no se usa como uno de los muchos volúmenes que están sobre los estantes de nuestra biblioteca. La Escritura se hace viva para quien se acerca a ella, es activamente eficaz pues da lo que dice dar, en modo análogo a lo que sucede con los sacramentos que realizan lo que expresan. La Escritura no está cristalizada, inmóvil, sin vida, como si estuviera congelada en un libro; se convierte en Palabra viva cuando se pone en su ambiente ideal y fecundo, es decir, la tradición y la comunidad bajo el impulso del Espíritu Santo. De forma más sencilla, podríamos afirmar que cuando está en la Iglesia —con todo lo que hemos visto hasta ahora y lo que veremos aún— la Escritura se hace vivificadora, es decir, consigue dar la vida verdadera, iluminando y corroborando a los creyentes su propia existencia personal, comunitaria y social. La Palabra de Dios tiene a Jesús en el centro y también como fuente y fin y adquiere toda su fuerza y capacidad de iluminar a los creyentes

cuando se pone en presencia de Jesús en la eucaristía y, de manera más general, en todos los sacramentos, signos potentes del encuentro con Cristo. En efecto la proclamación de la Palabra tiene su marco privilegiado en la celebración eucarística y en la liturgia.

## 2. **Uso no instrumental de la Palabra**

De esto deriva una reflexión práctica importante también a nivel más personal. Es necesario que cada uno de nosotros reflexione sobre el uso que hace de la Escritura, instrumentalizada demasiado a menudo y plegada a lo que nosotros queremos decir. Un uso con frecuencia jurídico o destinado a manifestar nuestra hegemonía sobre los demás, sin ninguna misericordia y sin una real adherencia al sentido más profundo del texto. Parece naturalmente claro, como consecuencia de una seria reflexión, que este no puede ser el uso que el cristiano debe hacer de la Escritura porque perdería su verdadero significado y sería encerrada en nuestros absurdos propósitos personales. Tenemos que permitir a la Escritura que se convierta para nosotros y para quien se acerque, en pan vivo que nos alimenta; en «*espiritualidad*», vida interior, motivación; una Escritura que dejamos libre de obrar eficazmente, sabiendo que es capaz de crear en nosotros una nueva mentalidad, un nuevo modo de ver el mundo, en otras palabras, la conversión. No se trata solo de elucubraciones mentales, sueños o piadosas aspiraciones que, cuando va todo bien, permanecen en un nivel meramente teórico, con el único resultado de hacer que nos sintamos mejor que los demás.

El papa Francisco ha subrayado en innumerables ocasiones el riesgo de juzgar a los demás. El 23 de junio de 2014, en la homilía de una misa celebrada en Santa Marta, dijo:

Quien juzga se equivoca, simplemente porque toma un lugar que no es para él. Pero no solo se equivoca, también se confunde. ¡Está tan obsesionado con aquello que tiene que juzgar en aquella persona —tan, pero tan obsesionado— que aquella pajita no lo deja dormir! «¡Pero yo quiero sacarte esa pajita!» [...]. Y no se da cuenta de la viga que él tiene. Se confunde: cree que la viga es aquella paja. Confunde la realidad, es un fantasioso.

Y quien juzga acaba derrotado, termina mal, porque la misma medida será usada para juzgarlo a él. El juez que se equivoca, porque toma el lugar de Dios —soberbio, autosuficiente— y apuesta por una derrota. ¿Y cuál es la derrota? Ser juzgado con la misma medida con la que él juzga.

Podemos decir que el camino práctico, existencial y espiritual que se deriva del documento estudiado tiene como finalidad, a un nivel más pastoral, el camino del creyente con y hacia quien es el único que puede darle la vida, la luz y la gracia de poder mirarse con ojos nuevos a sí mismo y a los demás.

### 3. El realismo de la Palabra

Como está bien explicitado en *Verbum Domini*, en su número 10,

[...] quien conoce la Palabra divina conoce también plenamente el sentido de cada criatura. En efecto, si todas las cosas «se mantienen» en aquel que es «anterior a todo» (Col 1,17), quien construye la propia vida sobre su Palabra edifica verdaderamente de manera sólida y duradera. La Palabra de Dios nos impulsa a cambiar nuestro concepto de realismo: realista es quien reconoce al Verbo de Dios como fundamento de todo. De esto tenemos especial necesidad en nuestros días, en los que se demuestran efímeras muchas cosas en las que se confía para construir la vida, en las que se siente la tentación de poner la propia esperanza. Antes o después, el tener, el placer y el poder se manifiestan incapaces de colmar las aspiraciones más profundas del corazón humano. En efecto, necesita construir su propia vida sobre cimientos sólidos que permanezcan incluso cuando las certezas humanas se debilitan. En realidad, puesto que «tu palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo» y la fidelidad del Señor dura «de generación en generación» (Sal 119,89-90), quien construye sobre esta palabra edifica la casa de su propia vida sobre roca (cf. Mt 7,24). Que nuestro corazón diga cada día a Dios: «Tú eres mi refugio y mi escudo, yo espero en tu palabra» (Sal 119,114) y, como san Pedro, actuemos cada día confiando en el Señor Jesús: «Por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,5).

También encontramos en *Verbum Domini* algunas indicaciones que tendrían que permear cada acción nuestra, cada acto educativo y de fe, así como cualquier acción cotidiana:

Todos nos damos cuenta de la necesidad de que la luz de Cristo ilumine todos los ámbitos de la humanidad: la familia, la escuela, la cultura, el trabajo, el tiempo libre y los otros sectores de la vida social. No se trata de anunciar una palabra solo de consuelo, sino que interpela, que llama a la conversión, que hace accesible el encuentro con él, por el cual florece una humanidad nueva (VD 93).

Hay una estrecha relación entre el testimonio de la Escritura, como afirmación de la Palabra que Dios pronuncia por sí mismo, y el testimonio de vida de los creyentes. Uno implica y lleva al otro. El testimonio cristiano comunica la Palabra confirmada por la Escritura. La Escritura, a su vez, explica el testimonio que los cristianos están llamados a dar con la propia vida. De este modo, quienes encuentran testigos creíbles del Evangelio se ven movidos así a constatar la eficacia de la Palabra de Dios en quienes la acogen (VD 97).

#### IV. LA ESCRITURA MÁS ALLÁ DE CUALQUIER FRONTERA

Nos gustaría pararnos ahora en el número 22 de la *Dei Verbum* y en un último tema contenido en la afirmación a modo de conclusión: «En el caso de que estas [traducciones], si se diere la oportunidad y el consentimiento de la autoridad de la Iglesia, se realicen en colaboración también con los hermanos separados, podrán ser usadas por todos los cristianos». En efecto, la Iglesia, además de abrir el tesoro de la Escritura a los católicos, dirige su mirada a todos los cristianos, verdaderamente a todos, incluyendo a los hermanos y hermanas que a lo largo de los siglos tomaron distintos caminos y se separaron de la Iglesia de Roma. Así, desea una colaboración entre las diversas denominaciones cristianas para que, en la medida de lo posible, se llegue a un trabajo en común a la hora de realizar traducciones de la Escritura que puedan ser usadas por

todos los cristianos. Con este breve párrafo de la *Dei Verbum* se abre un sendero hasta entonces inexplorado que ha dado y continúa dando frutos positivos, abriendo la posibilidad de un trabajo, de un estudio y de un esfuerzo común tanto en el campo exegético como en la óptica de un provechoso diálogo ecuménico.

## 1. **En diálogo como Jesús**

La Palabra de Dios atraviesa las fronteras puestas por el hombre y llega allí donde viven hombres y mujeres también de otras religiones o de cultura laica, con los que quiere entrar en un diálogo que salva, como hizo Jesús cuando inició la proclamación del Evangelio en la «Galilea de los gentiles» (Mt 4,15). La intención es la de querer que la fe cristiana sea importante y plausible en el contexto de las culturas que caracterizan los tiempos moderno y contemporáneo, abriendo así un horizonte hasta ahora cerrado que agiliza el ingreso en esos «lugares» en los que la Palabra de Dios con su fuerza y vigor tiene la posibilidad de plasmar, informar y hacer esencial la vida de fe de los creyentes.

Pensemos en el primer lugar, el más importante: la liturgia, donde la Palabra de Dios tiene un papel determinante y decisivo. Recordemos que habíamos leído en el n. 21: «La Iglesia siempre ha venerado las Escrituras divinas como también el Cuerpo mismo del Señor, cuando, sobre todo en la sagrada liturgia, no deja de tomar de la mesa tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo y de ofrecer a los fieles el pan de vida». Es un nuevo movimiento dinámico que involucra a toda la Iglesia; a sus miembros ordenados y a los fieles laicos que, en diversas modalidades, carismas y servicios, participan de la única fuente de salvación que es Cristo.

## 2. **Cristianos y judíos delante de las Sagradas Escrituras**

Como conclusión del comentario al número 22, no podemos dejar de mencionar la especial relación que, también a este res-

pecto, existe entre los cristianos y los judíos. La *Dei Verbum* no cita explícitamente la religión judía, pero es evidente que esta es parte integrante de todo lo dicho. Es más, tiene un puesto único y privilegiado: Gracias a este documento, se ha dado una relación y un diálogo cada vez más fecundo. Benedicto XVI en el n. 43 de *Verbum Domini*, escribe:

Teniendo en cuenta los estrechos vínculos que unen el Nuevo y el Antiguo Testamento, resulta espontáneo dirigir ahora la atención a los lazos especiales que ello comporta para la relación entre cristianos y judíos, unos lazos que nunca deben olvidarse. El papa Juan Pablo II dijo a los judíos: sois «“nuestros hermanos predilectos” en la fe de Abrahán, nuestro patriarca» (JUAN PABLO II, «Mensaje al rabino jefe de Roma» [22-5-2004]: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española [28-5-2004] 1). Ciertamente, estas declaraciones no ignoran las rupturas que aparecen en el Nuevo Testamento con respecto a las instituciones del Antiguo Testamento y, menos aún, la afirmación de que las Escrituras se cumplen en el misterio de Jesucristo, reconocido como Mesías e Hijo de Dios. Pero esta profunda y radical diferencia en modo alguno implica hostilidad recíproca. Por el contrario, el ejemplo de san Pablo (cf. Rom 9–11) demuestra «que una actitud de respeto, de estima y de amor hacia el pueblo judío es la sola actitud verdaderamente cristiana en esta situación que forma misteriosamente parte del designio totalmente positivo de Dios». En efecto, san Pablo dice que los judíos, «considerando la elección, Dios los ama en atención a los patriarcas, pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables» (Rom 11,28-29). Además, san Pablo usa también la bella imagen del árbol de olivo para describir las relaciones tan estrechas entre cristianos y judíos: la Iglesia de los gentiles es como un brote de olivo silvestre, injertado en el olivo bueno, que es el pueblo de la Alianza (cf. Rom 11,17-24). Así pues, tomamos nuestro alimento de las mismas raíces espirituales. Nos encontramos como hermanos, hermanos que en ciertos momentos de su historia han tenido una relación tensa, pero que ahora están firmemente comprometidos en construir puentes de amistad duradera.

El papa Juan Pablo II dijo en una ocasión: «Es mucho lo que tenemos en común. Y es mucho lo que podemos hacer juntos por

la paz, por la justicia y por un mundo más fraterno y humano». El papa Benedicto XVI y el papa Francisco también han reafirmado de formas diversas lo precioso que es para la Iglesia el diálogo con los judíos. Es bueno que se creen posibilidades de encuentro donde surja la oportunidad, también públicas y de debate que favorezcan el incremento de un conocimiento recíproco, una estima mutua e incluso una colaboración en el estudio de las Sagradas Escrituras. En su visita a la comunidad judía de Roma, el papa Francisco llegó a decir: «Judíos y cristianos, hermanos y hermanas en la única familia de Dios que los protege como su pueblo». ¡Cuánta riqueza ha brotado en este campo después de la *Dei Verbum*!

## V. COMPROMISO APOSTÓLICO DE LOS ERUDITOS

El número 23 del sexto capítulo de la *Dei Verbum* trata sobre la necesidad de un estudio esmerado de la Escritura por parte de teólogos y exegetas y de su especial misión apostólica al servicio de toda la Iglesia. El documento resulta especialmente innovador también en este aspecto. Gracias también a la *Dei Verbum*, cada uno de nosotros tiene a disposición en la actualidad gran cantidad de soportes, estudios, comentarios e instrumentos, también multimedia: «Es conveniente que los exegetas católicos y otros cultivadores de la sagrada teología, aunando diligentemente sus fuerzas, se dediquen bajo la vigilancia del sagrado magisterio a la tarea de investigar y explicar con medios adecuados las divinas letras, de manera que el mayor número posible de ministros de la Palabra divina pueda proporcionar con fruto al pueblo de Dios el alimento de las Escrituras». Los primeros destinatarios directos de este tipo de estudio y profundización bíblicos son, por tanto, los propios «ministros de la Palabra», que desarrollan en la Iglesia el servicio de la predicación y del anuncio del Evangelio, aunque también exista evidentemente otro destinatario indirecto: todo el pueblo de Dios al que esos mismos pastores han de enseñar el amor por la Escritura.

## 1. Acceder a las fuentes

Dado que para un católico no era posible acceder a la fuente original de la Escritura, no había ningún motivo para pensar en soportes que pudieran ayudar a profundizar y hacer que la fe arraigara sobre la roca de la Palabra de Dios y los pastores no sentían probablemente la urgencia de un compromiso por transmitir el amor y el conocimiento de las Escrituras. El contacto con la Escritura estaba pensado como mucho con mera finalidad de estudio y se reservaba a quienes emprendían el camino hacia el sacerdocio, excepto en el ámbito monástico en el que nació la *lectio divina* y a lo largo de los siglos tuvo su propio carácter, siendo capaz de superar el nivel del estudio para entrar en un campo más existencial y experiencial.

Como cristianos que vivimos este tiempo jubilar, tenemos una gracia enorme que otros cristianos en tiempos pasados no han tenido: una riqueza de fuentes a la que acudir y donde profundizar en nuestra vida de fe. La tarea del exegeta y el teólogo no es un fin en sí mismo en la actualidad; su estudio no está destinado a unos pocos eruditos en una biblioteca, sino que está abierto al mundo, no solo por motivos académicos o científicos, sino también porque es parte integrante de la tarea apostólica que asume la fisonomía de un verdadero y auténtico servicio eclesial. Por eso, la «Esposa del Verbo encarnado, es decir, la Iglesia, amaestrada por el Espíritu Santo, se esfuerza por acceder a alcanzar una inteligencia de la Sagrada Escritura más profunda para apacentar incesantemente a sus hijos con las palabras divinas» (DV 23). Es interesante el uso de la expresión: «apacentar incesantemente»; que ofrece plásticamente la imagen de un trabajo infatigable e incesante que no conoce fin; como no tiene fin el movimiento de las olas del mar o como no conoce fin nuestra hambre y sed que cada día necesita comida y bebida. No es un único trabajo realizado de una vez para siempre por el erudito ni tampoco por el creyente, sino un verdadero y auténtico proyecto de vida, una llamada a entrar y a saber leer (*intelligere*) la Escritura, que es «alimento que ilumina las mentes, fortalece las voluntades y enciende los corazones de los hombres al amor de Dios» (DV 23). Esta última afirmación nos abre la puerta a re-

flexionar sobre un aspecto importante que hace que el estudio de la Escritura tenga fines de caridad y amor. Nuestra mente no ha de ser iluminada con fines intelectuales, nuestra voluntad ha de ser corroborada y nuestro corazón ha de ser encendido por la Palabra de Dios, pero con un fin preciso: crecer en el amor de y para Dios con el fin de crecer en el amor por nuestro prójimo.

Sobre el estudio de la Palabra de Dios, el papa Francisco, en los números 135-137 de su encíclica *Evangelii gaudium* (2015) afirmaba:

El estudio de las Sagradas Escrituras debe ser una puerta abierta a todos los creyentes. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde radicalmente la catequesis y todos los esfuerzos por transmitir la fe. La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a las diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas, proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria. Nosotros no buscamos a tientas ni necesitamos esperar que Dios nos dirija la palabra, porque realmente «Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido sino que se ha mostrado». Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada.

## **2. Importancia de la Sagrada Escritura para la teología**

Otro de los lugares preciosos en los que la Palabra de Dios tiene un papel esencial es la teología. La reflexión de la Iglesia ha de tener como alma la Escritura. Parecería una obviedad, pero no siempre ha sido así, no siempre se ha manifestado tan claramente así. Se puede hablar de Dios partiendo de definiciones filosóficas, lo que ha sucedido muy a menudo, pero para hablar del Dios de Jesucristo, del Dios de los cristianos, es necesario partir de la Escritura y la revelación. El número 24 de la *Dei Verbum* alarga el tema abierto en el párrafo anterior, focalizándose sobre la teología que se «apoya como sobre cimiento perenne en la Palabra de Dios escrita, junto con la sagrada tradición». La teología no permanece encerrada en formulaciones estáticas que han dejado de ser comprensibles precisamente por la Escritura. «Se consolida

vigorosamente y se rejuvenece sin cesar, escudriñando a la luz de la fe toda la verdad escondida en el misterio de Cristo». La teología tiene una elevadísima misión, no es una mónada, tampoco es monolítica. No existe solo como pensamiento, método y lenguaje propio, como si estuviese separada de cualquier horizonte, sino que existe porque escudriña el misterio de Cristo a la luz de la fe.

El fundamento es claro: el Dios de Jesucristo. Conscientes de que «las Escrituras contienen la Palabra de Dios y, como están inspiradas, son verdaderamente Palabra de Dios», el estudio de las sagradas páginas debe ser por tanto «como el alma de la sagrada teología». En la conclusión del párrafo se subraya que «el ministerio de la Palabra, es decir, la predicación pastoral, la catequesis y toda instrucción cristiana» ha de encontrar también en la Escritura el lugar donde «se nutra saludablemente y se vigorice santamente». Podríamos preguntarnos si ese aspecto se toma aún hoy en seria consideración en la homilía litúrgica, pero esto no entra dentro del estudio de nuestro documento, aunque sí vale la pena mencionar la pregunta. Lo que verdaderamente cuenta es que del texto se deduce clarísimamente que, para hablar del misterio de Dios, primera misión de la teología, se tiene que partir necesariamente de la Escritura; si no, sería como querer surcar los océanos sin el agua del mar con un único resultado: ¡misión imposible!

## VI. SE RECOMIENDA LA LECTURA DE LA SAGRADA ESCRITURA

El número 25 del documento prosigue en el surco trazado por el anterior, con una importante recomendación que resulta evidente por su título: «Se recomienda la lectura asidua de la Sagrada Escritura». Se insiste en la necesidad de que «todos los clérigos, y ante todo los sacerdotes de Cristo y los demás que, como los diáconos o los catequistas, se dedican legítimamente al ministerio de la Palabra, se adhieran a las Escrituras mediante la asidua lectura sagrada y el estudio exhaustivo». Esta invitación aparece como fruto de una necesidad. En efecto, no se trata de una mera sugerencia o de un consejo. Se pide, por ejemplo,

«una frecuente lectura» de las Escrituras. El adjetivo «frecuente» indica una continuidad de acción que no tiene fin y que es una exigencia permanente. Por lo tanto, es necesario conservar de forma perseverante y frecuente una relación verdadera, real y concreta, un contacto continuo que en sí mismo posee la idea táctil, sensorial, casi material y que remite a una relación concreta, que no esté basada en una mera teoría.

### 1. **Radicados en la Escritura**

La Iglesia insiste en invitar a quien desarrolle el ministerio de la predicación —*in primis* a los sacerdotes y diáconos y a quien desarrolle ese servicio en el campo catequético— a entrar en contacto profundo con la Escritura. Esta recomendación tiene por fin la alimentación y el crecimiento espirituales, pero también evitar el riesgo tan temido por san Agustín, a saber: que quien estudia la Escritura se aleje de una lectura sapiencial para convertirse, como diríamos hoy, en un «profesional de la Palabra», en un erudito sin alma, «un vacío predicador hacia fuera de la Palabra de Dios», sin escucharla «por dentro» (*Serm.* 179, 1: PL 38, 966). Un clérigo no puede anunciar el Evangelio y hablar seriamente si no da testimonio con su propia vida y esto solo puede suceder cuando se está en un contacto asiduo con la Palabra de Dios y se deja transformar por ella. No se trata simplemente de decir algo, de transmitir los propios razonamientos ni de hacerlo de manera más o menos eficaz dependiendo del grado de cultura o de la capacidad comunicadora. No se trata de usar las propias argucias a la hora de crear *post* o *podcast* eficaces para los medios de comunicación que están omnipresentes, siempre a la caza de algún *like*. Solo somos testigos y comunicadores creíbles de la Palabra de Dios cuando con amor entramos primero en esta especial relación con la Palabra de Dios en la que entra en juego nuestra propia existencia y todo lo que es fundamental e importante en nuestra vida.

El punto de partida, el sujeto, no es el hombre, que es más bien el destinatario, el referente, porque el sujeto al que referirse es la Palabra de Dios. El hombre debe, en efecto, alcanzar ese tesoro con todos los medios a su disposición, pero solo la gracia

de Dios le permitirá meterse en la condición de «comunicar a los fieles encomendados las amplísimas riquezas de la divina Palabra», transmitiendo —como diría san Pablo— lo que hemos recibido, pero que no nos pertenece (cf. 1 Cor 15,3). Una anotación que nos parece interesante referir es el hecho de que en la *Dei Verbum* no se habla simplemente de «abundancia», sino de «sobrebundancia» de la riqueza de la Palabra. Es una bella imagen que representa la fecundidad y la riqueza de la Escritura, como si fuera un desbordamiento de prosperidad que no tiene fronteras y que está destinada a todos, sin ninguna distinción; un don cuyo único límite se encuentra si no se la quiere acoger.

## 2. En la escuela de la Escritura

Para realizar lo que se acaba de mencionar, la constitución conciliar «exhorta vehemente y especialmente a todos los cristianos; en primer lugar, a los religiosos», a que aprendan a través de la lectura frecuente, lo que el apóstol de los gentiles llama en su Carta a los Filipenses «la eminente ciencia de Jesucristo» (Flp 3,8). En su comentario al libro de Isaías, san Jerónimo afirmaba que «la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo» (*Comm. in Is.*, Pról.: PL 24, 17). Nuestro documento ofrece la indicación de las dos vías que nos parece que son las principales que hay que recorrer para realizar este encuentro de conocimiento y amor: la liturgia y la lectura piadosa, una expresión esta última en desuso, pero que podemos definir *lectio divina* con otras palabras más cercanas al lenguaje moderno.

No se trata de una simple lectura, como si estuviéramos hablando de cualquier texto literario, sino de una lectura específica, única, «acompañada por la oración» suscitada y guiada por el Espíritu Santo. Es precisamente la oración la que hace que esa lectura no sea un mero ejercicio y un fin por sí misma, sino fecunda en el espíritu, capaz de tejer ese diálogo precioso, único e iluminador entre Dios y el hombre porque, como afirma san Ambrosio, «a él nos dirigimos cuando oramos, a él escuchamos cuando leemos los oráculos divinos» (*De officiis ministrorum* I, 20, 88: PL 16, 50).

### 3. El obispo: el pastor que allana la ruta

Un último aspecto de este número 25 trata de la cuestión que puede parecer a primera vista algo que solo atañe a la esfera del derecho canónico, es decir, a quién compete ayudar a los fieles a tener un mayor conocimiento de la Escritura. Esta tarea especial incumbe a los obispos «en quienes está la doctrina apostólica», a quienes pertenece el *munus* de enseñar, o como dice el documento, «instruir oportunamente a los fieles a ellos encomendados para un recto uso de los divinos libros». Esta enseñanza ha de estar focalizada «en especial en el Nuevo Testamento y, sobre todo, en los evangelios, mediante traducciones de los textos sagrados». Conviene resaltar la inspiración pastoral que se deduce de nuevo en esta parte del documento.

Las traducciones tienen la misión de ayudar a los fieles a crecer en el conocimiento y en la relación con la Sagrada Escritura y han de estar «dotadas de las explicaciones necesarias y verdaderamente suficientes; para que con seguridad y provecho los hijos de la Iglesia se familiaricen con las Escrituras Sagradas y se impregnen de su espíritu». Para un cristiano de nuestros tiempos parece una posibilidad consolidada, casi obvia, pero —como ya se ha subrayado con anterioridad— no era el caso en el tiempo de la redacción de la *Dei Verbum*. La expresión de «familiarizarse con seguridad» indica una verdadera exigencia de cercanía, familiaridad que hay que tener con la Escritura, como la tenían los Padres de la Iglesia que la conocían de memoria por haberla interiorizado, estudiado, leído, rezado.

Este es un verdadero y auténtico camino que no se recorre de manera instantánea o en el tiempo de un *tweet*, sino gradualmente, en una especie de descenso lento y constante a las profundidades del corazón. El obispo ha de ser maestro de ello para el pueblo que le ha sido confiado, sabiendo y enseñando que se crece en el conocimiento de la Escritura con los tiempos de la gracia de Dios y no con los nuestros; esto es importante tenerlo siempre presente en la mente. Pero es oportuno no olvidar otro bonito aspecto que la Iglesia usa con sus hijos en su delicadeza de madre. Si por una parte piensa a quien ya está en su seno, desea que también se ponga atención a quien no es hijo de la Iglesia

y afirma: «Además, realícense ediciones de la Sagrada Escritura dotadas de anotaciones adecuadas, para uso también de los no cristianos, y adaptadas a sus condiciones».

Llegados a este punto, nos parece importante poner también de manifiesto otro punto del documento que nos afecta de cerca a todos nosotros. Si bien es cierto que los obispos, sucesores de los apóstoles, son llamados de manera especial y ministerial a la difusión del conocimiento de la Palabra de Dios, esto no quiere decir que los demás miembros de la Iglesia no puedan o no deban hacer su parte: «Que tanto los pastores de almas como los cristianos de todo estado se cuiden de difundir sabiamente por todos los medios a su disposición». La Palabra de Dios alarga el corazón de la Iglesia y lo hace a todos los niveles. No es una cuestión de estatus o privilegios, sino de introducirse en el deseo de Dios que quiere entrar en diálogo y en relación con todos, ¡pero con todos de verdad! Esto es todavía totalmente actual y afecta a cada uno de nosotros, jóvenes o menos jóvenes, mujeres u hombres, consagrados, presbíteros o laicos.

#### **4. Comprendernos a nosotros mismos a la luz de Dios**

Con el número 26 no solo llegamos a la conclusión del capítulo sexto, sino también a la conclusión de toda la constitución dogmática y vale la pena leerlo íntegramente. Recoge de una forma digna todo lo ilustrado en la *Dei Verbum*, llegando a sintetizar el meollo de donde repartir para exhortar a mirar al presente y al futuro de un modo totalmente nuevo, en la esperanza cristiana que no defrauda.

Así, pues, mediante la lectura y el estudio de los sagrados libros, «la Palabra de Dios corra y sea glorificada» (2 Tes 3,1); y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene cada vez más los corazones de los hombres. Igual que la vida de la Iglesia recibe su crecimiento a partir de la asidua frecuentación del misterio eucarístico, así es lícito esperar un nuevo impulso de la vida espiritual a partir de la crecida veneración de la Palabra de Dios que «permanece eternamente» (Is 40,8; cf. 1 Pe 1,23-25).

En estas líneas se puede vislumbrar el paralelismo ya citado entre el misterio eucarístico y la Palabra, un fecundo vínculo en el que uno alimenta a la otra y viceversa, dando a esta unión la plenitud de sentido y significado verdaderos. Lo que hemos descubierto hasta ahora, nos da a entender que no se trata de una acción intelectual o de mera erudición, sino del hecho de que la revelación llena el corazón de los hombres y las mujeres, de nuestro tiempo y de todos los tiempos, para que llegue a cumplimiento ese diálogo salvífico que, por puro amor y gratuitamente, Dios ha empezado con los hombres, sin olvidarnos nunca que es precisamente él, Dios, quien nos ha amado primero.

El papa Francisco, con palabras eficaces y cercanas a nuestra sensibilidad contemporánea, no deja nunca de poner de manifiesto lo fundamental que es este diálogo entre Dios y el hombre, el único en el cual tenemos la posibilidad de comprendernos a nosotros mismos y de encontrar las respuestas a las preguntas más profundas que alberga nuestro corazón. El hombre contemporáneo necesita más que nunca tener respuestas a las mil preguntas que atenazan su alma. El horizonte parece que ha cambiado, todo parece posible, aunque, al mismo tiempo, nada parece que tiene futuro: cada cosa, cada idea es relativa y se llega a la aberración de creer que para ser nosotros mismos debemos aplastar a Dios. Todo esto mientras el sufrimiento y la soledad invaden a cada uno de nosotros, jóvenes y menos jóvenes. Se presentan muchísimas preguntas con respecto al sentido de la vida, al sufrimiento y a la muerte, preguntas que intentamos alejar de cualquier manera, pero que son compañeras invisibles, silenciosas y, si no se consideran, resultan a veces devastadoras para nuestra existencia.

La Palabra de Dios no se contrapone al hombre, no mortifica sus auténticos deseos, sino que los ilumina purificándolos y llevándolos a su cumplimiento. Es importante para nuestro tiempo descubrir que solo Dios responde a la sed que está en el corazón de cada hombre. Por desgracia, en nuestra época se ha difundido, sobre todo en Occidente, la idea de que Dios es ajeno a la vida y a los problemas del hombre y que su presencia puede ser incluso una amenaza para su autonomía. En realidad, toda la economía de la salvación nos muestra que Dios habla e interviene en la historia a favor del hombre y su salvación integral. Por lo

tanto, desde el punto de vista pastoral es decisivo presentar la Palabra de Dios en su capacidad de dialogar con los problemas a los que ha de enfrentarse el hombre en la vida cotidiana. Jesús se nos presenta precisamente como el que ha venido para que pudiéramos tener la vida en abundancia (cf. Jn 10,10). Por ello, hemos de emplear todos nuestros esfuerzos para mostrar la Palabra de Dios como apertura a los problemas, como respuesta a las preguntas, una ampliación de valores y, al mismo tiempo, una satisfacción a nuestras aspiraciones. La pastoral de la Iglesia debe ilustrar bien que Dios escucha la necesidad del hombre y su grito. San Buenaventura afirma en el *Breviloquium*: «El fruto de la Sagrada Escritura no es uno cualquiera, es la plenitud de la felicidad eterna. En efecto, la Sagrada Escritura es el libro en el que están escritas palabras de vida eterna porque no solo creemos, sino que también poseemos la vida eterna, donde veremos, amaremos y se realizarán todos nuestros deseos». La Palabra de Dios, como ha dicho el papa Francisco, «es el antídoto al miedo de quedarse solos frente a la vida» (*Homilía*, Domingo de la Palabra de Dios [24-1-2021]) y nunca tendríamos que dudar de ello.

## VII. SINFONÍA DE LA PALABRA DE DIOS

Nos vamos dirigiendo a la conclusión de nuestro recorrido. Queremos compendiar algunos puntos útiles para nuestra reflexión y paramos también en matices no tratados directamente por el documento, pero que, de algún modo, han tomado impulso de él y se han llevado a cabo posteriormente. Esta reflexión puede ser de ayuda para descubrir los frutos del Vaticano II y, sobre todo, para ofrecer a cada lector gafas útiles a través de las cuales pueda leer la realidad y encontrar nuevas vías pastorales, espirituales, existenciales y sociales para acercarlo más a la Palabra de Dios.

Haciendo esto recorreremos algunas consideraciones que ya hemos expresado en nuestro escrito y que reencontramos en el número 7 del documento postsinodal *Verbum Domini* de 2010 que trata sobre las diversas modalidades con las que utilizamos la expresión «Palabra de Dios», especialmente en relación con la posibilidad de que la humanidad la frecuente y la descubra. En el

Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios, en 2008, y en el documento postsinodal se habló justamente de una «sinfonía de la Palabra», de una única Palabra que se expresa de distintos modos: «Un canto con varias voces» (*Instrumentum laboris*, 9).

## 1. **Antología de la Palabra de Dios**

Los padres sinodales —como, por otro lado, la teología y la exégesis modernas— han hablado de un uso analógico del lenguaje humano y de las palabras humanas para comunicar y hacerse comprender. En efecto, la expresión de «uso analógico» afecta por una parte la comunicación que Dios hace de sí mismo y por la otra asume significados diversos que han de ser considerados atentamente y ser relacionados entre sí, tanto desde el punto de vista de la reflexión teológica como del uso pastoral.

Como nos muestra el Prólogo de Juan —en el que se fundamenta la propia reflexión de *Verbum Domini*—, el Logos indica originalmente al Verbo eterno, es decir, al Hijo unigénito, generado por el Padre antes de todos los siglos y consustancial a él: el Verbo estaba junto a Dios, el Verbo era Dios. Pero este mismo Verbo, afirma san Juan, se «hizo carne» (Jn 1,14); por tanto, Jesucristo, nacido de María Virgen, es realmente el Verbo de Dios que se hizo consustancial a nosotros. Por lo tanto, la expresión «Palabra de Dios» indica aquí a la persona de Jesucristo, eterno Hijo del Padre, hecho hombre que, como tal, usa palabras humanas.

## 2. **Palabra de Dios en el libro de la naturaleza**

De esto deriva directamente que, si en el centro de la revelación divina está Jesucristo, también hay que reconocer que la propia creación, el *liber naturae*, es parte esencial de esta sinfonía a varias voces en la que se expresa el único Verbo. Este aspecto es muy importante en un mundo como el nuestro en el que, en especial los jóvenes, quieren justamente salvaguardar el cuidado del planeta y de toda la creación. Si destruimos el libro de la naturaleza, nos destruiremos a nosotros mismos y des-

truiremos también una de las modalidades privilegiadas con la que Dios se revela y comunica.

Como nos enseña el santo padre Francisco en su encíclica *Laudato si'* (2015), decir «creación» es más que decir «naturaleza» porque tiene que ver con el proyecto del amor de Dios, en el que cada criatura tiene un valor y un significado; en el que, «si el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona, porque, “en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza”» (n. 117). Esta sustitución hace que la humanidad se pierda a sí misma y pierda su relación y su diálogo con Dios.

### 3. Palabra de Dios en el Antiguo y el Nuevo Testamento

Podemos entender bien que nos encontramos ante un uso analógico de la expresión de «Palabra de Dios» de la que debemos ser conscientes y que está muy lejos de un uso unívoco, literal y, podríamos decir, fundamentalista de la Escritura. Sucede que todos nosotros nos hacemos conscientes y mayormente formados para captar sus diversos significados y comprender al mismo tiempo su sentido unitario. Es un trabajo del que nadie es exonerado y que la Iglesia, madre y maestra, ha de ayudarnos a realizarlo acompañándonos a nivel personal y comunitario. Este trabajo fructífero es necesario también desde el punto de vista teológico para que se profundice en la articulación de los distintos significados de esta expresión y para que resplandezca mejor la unidad del plan divino y el lugar central que la persona de Cristo ocupa en él.

#### PARA UN NUEVO INICIO... EL NUESTRO

Al término de nuestro recorrido, en la esperanza de haber acompañado eficazmente al lector a profundizar en la *Dei Verbum* y haber instilado el deseo de acercarse con mayor fuerza y

vigor a la Palabra de Dios, en un momento de gracia como el del año jubilar que se acerca, nos gustaría despedirnos con un deseo que será seguramente de ayuda en esta dirección; una ayuda que nace de las palabras iluminadoras del papa Francisco en su homilía pronunciada durante el Domingo de la Palabra de Dios el 22 de enero de 2022 en las que definía de manera vívida lo que quiere decir todo esto para la Iglesia y para la humanidad entera.

Es el Dios con nosotros, que se apasiona con nuestra vida, Dios que tiene pasión y se apasiona hasta llorar nuestras mismas lágrimas. No es un dios neutral e indiferente, sino el Espíritu amante del hombre, que nos defiende, nos aconseja, toma partido a nuestro favor, se involucra y se compromete con nuestro dolor. Siempre está presente allí. Esta es «la buena noticia» que Jesús proclama ante la mirada sorprendida de todos: Dios es cercano y quiere cuidar de mí, de ti, de todos. Y este es el rasgo de Dios: cercanía, él mismo se define así y dice al pueblo en el Deuteronomio: «¿Cuál pueblo tiene a su dios cercano a ellos como yo te soy cercano a ti?» (Dt 4,7). El Dios cercano. Con esta cercanía que es compasiva y tierna quiere aliviarte de las cargas que te aplastan, quiere caldear el frío de tus inviernos, quiere iluminar tus días oscuros, quiere sostener tus pasos inciertos. Y lo hace con su Palabra, con la que te habla para volver a encender la esperanza en medio de las cenizas, de las cenizas de tus miedos, para hacer que vuelvas a encontrar la alegría en los laberintos de tus tristezas, para llenar de esperanza la amargura de tus soledades. Te hace ir, pero no en un laberinto, te hace ir en el camino para encontrarlo más cada día.